

LAURA ALCOBA

LAS ORILLAS DEL MAR DULCE

Traducción de Lucía Dorin



Yo querría saber qué sintió en aquel instante de vértigo en que el pasado y el presente se confundieron.

Jorge Luis Borges, *El cautivo*

Uno de los primeros recuerdos de Héctor

No tengo ninguna duda en cuanto a la fecha. El día en que Roger Grenier me llamó era mi cumpleaños, por eso lo guardé en la memoria con tanta precisión.

Unos días antes, le había enviado por correo lo que iba a ser mi primer libro. Unas cien páginas que entonces llevaban por título “La casa de los conejos”, pero que terminarían por intitularse en francés *Manèges - petite histoire argentine*.

El 10 de abril de 2006, Roger Grenier me estaba llamando para decirme que el texto le había gustado y que quería someterlo al comité de lectura. “¿Pero está usted de acuerdo?”. Porque la carta que acompañaba mi envío era más que breve, le decía que le enviaba “un texto” y que me hubiera gustado mucho tener su “opinión”, nada más.

Me acuerdo: con el auricular todavía pegado a la oreja, escuchando lo que me decía Roger Grenier, pensé: *No es posible*. Y después balbuceé algo como:

—Sí, pero antes me gustaría hablarle, me gustaría encontrarme con usted.

—Bueno, entonces... mañana, ¿podría pasar a verme?

Al día siguiente estaba en su oficina, en la editorial Gallimard, en la calle que todavía en esa época llevaba el nombre de Sébastien-Bottin.

La oficina de Roger Grenier era muy larga. Ni bien entré, después de haber saludado, me di vuelta hacia la biblioteca que cubría una pared, delante de su mesa de trabajo. No sabía cómo comportarme; leer los títulos de los libros apretados sobre las estanterías me tranquilizaba, creo.

Me invitó a sentarme.

Ya no sabía qué explicación creía que tenía que darle antes de que otras personas leyeran mi texto. En todo caso, delante de él, no veía por dónde empezar.

Después de haberme visto enlazar sonrisas incómodas y miradas furtivas hacia su biblioteca, tomó la iniciativa.

Me preguntó qué leía, qué autores me gustaban.

Creo que cité a Kawabata.

—¿Y los argentinos?

Dudé un poco.

—En literatura argentina, todavía tengo muchas lagunas.

—Lamento no poder darle el texto que me envió a Héctor Bianciotti. Sigue viniendo a Gallimard, sin embargo... Ahora, mientras le hablo, seguramente está en su oficina, a unos metros de nosotros. Pero no podrá leerla.

Sabía quién era Héctor Bianciotti, el autor de origen argentino que hacía mucho tiempo se había pasado a la lengua francesa. Unos años antes incluso lo habían elegido en la Academia Francesa. Cuando Roger Grenier lo mencionó, lo imaginé de inmediato en su traje verde, con su mechón rubio impecablemente peinado. De hecho, había leído en alguna parte que también era editor en Gallimard. En esa época, no había abierto ninguno de sus libros, pero lo había visto con frecuencia en la televisión, conocía el sonido de su voz.

La increíble precisión con la que Héctor Bianciotti elegía las palabras que usaba era la de las personas que no entraron en la lengua francesa al nacer. Por eso, manipulan las palabras como objetos preciados que alguien tuvo la amabilidad de prestarles — *pero atención con lo que usted hace con ellas*—, aumentan el cuidado y la atención respecto de su lengua de adopción, dando muestras de una deferencia que parece a veces excesiva y les suele dar un aire afectado y anticuado. Pero es que quieren hacerlo tan bien. Temiendo, en el fondo, que una gran torpeza o, peor, un error grosero de sintaxis les cueste que les nieguen esa lengua de adopción —¡*detente, devuélveme-la!*—. Cuando los francófonos de nacimiento se atreven a torcer y atropellar la lengua, los francófonos de adopción, los *conversos*, los miran con sorpresa, pero, con frecuencia, en el fondo, con una pizca de envidia: ellos no se atreverían. Si ponen siempre mucha

atención, si tienen tanto cuidado, es porque no están del todo seguros de que su nueva lengua les pertenezca en serio, que sea de verdad de ellos. Hacen uso de ella como lo harían de un plato de porcelana preciada, un viejo jarrón Ming que nos sorprendemos de tener entre manos, tan felices porque el propietario nos lo confió —¡pero cuidado, eh!—.

En esa época, no había leído a Bianciotti, pero tenía la impresión de conocerlo bien. Me conmovía su perfeccionismo y la ansiedad que imaginaba en el origen de esa obsesión, la necesidad de demostrar, cada vez que abría la boca o que armaba una frase, que estaba en su lugar, legítimo.

Pero no entendía lo que Roger Grenier me decía.

—Está ahí, dice usted, pero...

—Sí, no muy lejos de mi oficina. Como antes, como lo hizo siempre. Incluso me parece haberlo visto esta mañana... Pero en realidad, es como si no estuviera del todo acá.

Entonces, Roger Grenier me contó la historia de la enfermedad de Héctor.

A la mañana Bianciotti llegaba a Gallimard, con el metro, desde la *rive droite* del Sena donde vivía. Conocía el trayecto de memoria, cada paso que separaba su domicilio de su oficina, en la calle Sébastien-Bottin.

Cuando el clima lo permitía, usaba un saco de tweed, sobre una camisa impecable. Siempre estaba perfectamente peinado.

Héctor Bianciotti era siempre educado. Extremadamente educado y cuidadoso, como lo era con las palabras. Deseaba que cada uno de sus gestos estuviera en su lugar, que llegara en el momento adecuado. A cada persona le decía buenos días con una seña delicada, pero marcada, con la cabeza.

Entraba a su oficina, se desabotonaba el abrigo, se instalaba en su escritorio. Sacaba una linda lapicera, abría un cuaderno. Muy linda, su lapicera, muy elegante, como todo lo que lo rodeaba.

Y ahí, escribía, todo el día.

Héctor sabía de memoria los gestos del escritor. Esos gestos que practicaba desde hacía tanto tiempo, escribiendo con tinta, con una buena pluma, en un bloc o en un lindo cuaderno, siempre manteniéndose a distancia de las computadoras. De hecho, miraba las pantallas y los teclados con temor, con una suerte de espanto, inclusive. Para él, era la pluma, la tinta y el papel.

Entonces los cuadernos se apilaban sobre su escritorio, tan preocupado estaba por trabajar en su obra, cada día. O por continuarla o completarla, tan deseo de hacerlo bien, de hacerlo mejor.

Su cuerpo, sus manos hacían todo lo que hacía falta.

—Pero su cabeza ya no está ahí —dijo Roger Grenier—. Ya no tiene las palabras, me entiende. Ya no nos animamos a hablarle mucho. Cuando le hacen una pregunta, parece asustado, sus ojos se ponen

muy inquietos. Comprende que ya no sabe. Que las palabras se pierden. Y los nombres también. Cada vez que se cruza con alguien, parecería que reconoce el rostro familiar. Pero el nombre asociado a ese rostro parece escapársele. Entonces siente miedo. Desde hace algún tiempo, después del gesto con la cabeza, se apresura a alejarse. Lo que también hacen todos los que se lo cruzan, para no hacerlo sentir incómodo.

Roger no estaba muy seguro, pero le había parecido, al pasar delante de su escritorio —porque Héctor siempre tomaba la precaución de dejar su puerta abierta, sin dudas para que lo vieran trabajar, para que lo vieran continuar con su obra y vieran que no estaba ocioso—, que, en sus cuadernos, Héctor volvía a copiar sus propios textos, los que había publicado en el pasado.



En *Lo que la noche le cuenta al día*, un libro escrito más de diez años antes de que las palabras se le escaparan, hasta ya no poder ponerles una mano encima, Héctor había evocado una escena de infancia, que él identificaba como uno de sus primeros recuerdos.

La secuencia se remontaba a principios de los años treinta.

Preocupado por respetar una tradición del Piamonte de donde era originario, su padre había considerado

bueno poner un anillo en el dedo de Héctor, cuando el niño tenía tan solo unos pocos años.

“En el anular izquierdo”, precisa el escritor, como si su cuerpo, sus dedos, todavía lo recordaran.

En esa época, Héctor recién ingresaba al lenguaje, sabiendo apenas nombrar los objetos familiares, un entorno del que poco a poco iba tomando posesión. Sus padres eran agricultores, vivían con sus hijos en el campo, lejos de todo, en medio de esa llanura que en Europa gustan llamar pampa, ese “suelo extenso hasta el infinito”.

Pero volvamos al anillo.

El cuerpo del pequeño Héctor no lo había aceptado, al punto que su anular izquierdo empezó a hincharse.

Su dedo había llegado a estar tan inflamado que se había vuelto imposible para sus padres sacarle el anillo. Sin embargo, había que hacerlo, lastimaba al niño, su cuerpo rechazaba el metal que comprimía su dedo cada día más. Entonces sus padres tuvieron la idea de llevarlo a lo de un médico, a varios kilómetros de su casa, a bordo de un coche de caballos —un break que el escritor recordaba—. Como recordaba ese látigo que su padre, ocupando el lugar del cochero, había hecho chasquear durante el trayecto.

En el consultorio médico, para distraer al niño durante la intervención —había que cortar el anillo, no había otra solución, aunque temían que el pequeño Héctor tuviera miedo durante la operación y

acabara por lastimarse—, el médico había atraído su atención sobre un cuadro colgado en la pared que representaba una escena marítima.

Había un hombrecito representado en medio de la tela, a bordo de un velero, agitando su pañuelo, en mangas de camisa.

Pero el pequeño Héctor nunca había visto el mar.

Entonces le explicaron al niño que, en esa imagen, no había tierra, sino “nada más que agua”. En cuanto al lugar donde el hombrecito estaba de pie, le dijeron que era como “un break sin ruedas y sin caballos”. Un break conducido por el viento.

Sin embargo, la escena seguía siendo indescifrable para el niño.

Es que no sabía nombrar nada. A pesar de las explicaciones, entendía que todas las palabras para decir lo que había allí, delante de él, le faltaban.

Entonces, en el consultorio del médico, ese día, delante del hombre que pedía ayuda en medio del agua: “he conocido el desconcierto de denominar ignorando y de sentir la sensación de pánico de estar, por carecer de palabras, prisionero dentro de mí mismo”*, escribe. Como su anular inflamado, también prisionero del anillo. Como el hombre delante de él, agitando su pañuelo blanco en medio de la extensión azul.

* Bianciotti, Héctor, *Lo que la noche le cuenta al día*, traducción de Thomas Kauf, Barcelona, Tusquets editores, 1993, p.25.